35. Discurso en el acto de proclamación de su candidatura a senador por Santiago. 1956. (*).

Señor Presidente de la Falange Nacional; señores dirigentes de las poblaciones; señores candidatos a diputados; señores regidores; amigos míos.

Creo que para ustedes será fácil comprender la honda emoción que experimento. Desde que, impulsado por mi partido y por importantes grupos independientes, tomara la decisión de presentar mi candidatura a senador por la provincia de Santiago, he recibido innumerables pruebas de afecto. Pero también es necesario decirlo, ha surgido una sorda campaña de murmuración, de alusiones directas o indirectas, de pequeñas mentiras y calumnias que no se atreven a salir a la superficie, pero que se transmiten de oído en oído, para tratar de destruir la fuerza de este movimiento. He guardado ante ella desdeñoso silencio porque creo que este país está cansado de polémicas personales y de pequeñas cuestiones negativas. Me he reservado una sola respuesta, que no daría yo. Ustedes lo dan hoy, en este inmenso teatro desbordante, nunca tal vez tan lleno como ahora, con el pueblo de Chile, con un pueblo vibrante, entusiasta y decidido.

Porque, amigos míos, en esta mañana en este teatro, hay un protagonista. No soy yo ni son los oradores, ni son, siquiera, los que organizaron esta manifestación. Este protagonista es el pueblo de Chile. Porque durante estos últimos años se había venido diciendo que era imposible volver a despertar la fe y la esperanza; se había afirmado que la gente estaba llena de amargura por los sucesivos engaños y las traiciones de que había sido víctima; que ya no podía creer en nada ni en nadie y que nada era posible emprender ante el escepticismo general de los chilenos. Y el pueblo, esta mañana, nos da una nueva lección. El

(*) Teatro Caupolicán,16 de diciembre de 1956. Publicado en Política y Espíritu, enero 1957.

nos revela que es la tierra misma sobre la cual caminamos, que guarda los gérmenes vivos de todas las resurrecciones y que a pesar de todas las veces que ha sido traicionado, está siempre dispuesto a comenzar. Una vez más se pone de pie para decir que estamos presente, no para trabajar por un hombre sino para trabajar por la justicia y trabajar por Chile.

Sobre todo, este acto entraña para mí una tremenda responsabilidad. Por eso me van a perdonar que esta mañana abuse de ustedes para hablar con suma simplicidad y, al mismo tiempo, en un lenguaje muy claro.

Señores: aquí no se está dando nacimiento, como ya se ha dicho, a un nuevo personalismo ni, mucho menos, a un nuevo tipo de caudillaje barato; menos aún, a un movimiento agrupado alrededor de un hombre al cual se le pueda vestir con tantas cualidades que pareciera que él solo sería capaz de resolver todos los problemas. Ni ustedes pueden creer eso ni yo lo aceptaría jamás. No soy, amigos míos, ni un aventurero ni un irresponsable. Para ser bien preciso, soy hombre de partido y, para ser más preciso, soy demócrata cristiano.

Pertenezco a la misma tendencia y a las mismas ideas de los hombres que, no hace once años, recogieron una Europa destruida, con sus pueblos disgregados, su moral disuelta, sus juventudes enseñadas a matar y a robar en la lucha abierta o clandestina; una Europa con sus industrias pulverizadas y sus ciudades reducidas a escombros. Esos hombres fueron designados para dirigir los pueblos del Occidente libre, y ellos supieron mantener ante todo, la plenitud de las libertades. ¡Qué misterioso es el hecho de que estos países, donde había poderosos partidos comunistas y existían tremendas fuerzas de disociación, los gobiernos inspirados en las mismas ideas que yo profeso, no coartaron ni una sola libertad política ni una sola libertad sindical. Nadie les puede reprochar siquiera la sombra de una tentativa de reducir la libertad religiosa. Protestantes, ateos, escépticos y racionalistas han vivido la era de mayor libertad que ha conocido Europa, en el momento de su mayor destrucción, para alcanzar la máxima eficacia en la reconstrucción y recuperación de sus pueblos.

Dicen también que yo pertenezco a un partido chico. Es cierto. Todos los partidos, todos los movimientos, todas las fuerzas que nacen orgánicamente, nacen pequeñas, y después se

desarrollan, si tienen algún contenido, si no se estructuran por pasiones o apetitos u odios personales. Creo que hemos sostenido principios y no pasiones, ideas y no apetitos. Por eso siempre pensaré que es preferible pertenecer a un partido chico con ideas grandes, que a partidos grandes con ideas que se van quedando chicas.

Hay, además, algo muy claro: una cosa es pertenecer a un partido y otra cosa es ser víctima del partidismo. Si los partidos no son capaces de estar al servicio de la Nación y no de sus militantes; si los partidos no son capaces de interpretar la inmensa masa de los chilenos, que aquí, como ocurre casi en todas partes, carece de partido y se inclina a los que mejor interpretan sus pensamientos y sus sentimiento entonces, los partidos no tienen razón de ser.

Durante estos años, a través de los planteamientos que he formulado y de las pocas ocasiones que he tenido para actuar, he estado, con acuerdo de mi partido, proponiéndole al país problemas y soluciones que desbordan los límites partidistas para abarcar el ancho cauce de la Nación entera. Es por ello que ahora este teatro se encuentra lleno con una inmensa masa de hombres que no pertenecen a partido alguno, que no vienen a respaldar nombres sino a prestar su apoyo a las ideas de bien nacional y de sentido popular que hemos estado sosteniendo.

Creo que la inmensa masa de los independientes se puede definir por algunos rasgos que son comunes a los chilenos. El primero es su profundo sentido patriótico, su amor a Chile, su orgullo de ser chilenos. El segundo su anhelo de progreso, de ver que la patria se transforma y adelanta. El tercero es un hondo sentido de justicia social y, por último, todos, con aspiración unánime, desearían ver en todos los cargos públicos y en la Administración un profundo espíritu de honradez moral, sin el cual no hay posibilidad de acción en el futuro.

Por eso esta reunión tiene más contenido que el de un mero respaldo a una persona. Ella es la expresión de un pueblo que se moviliza. Por eso diría, incluso, que no nos movilizamos detrás de un programa. ¡El pueblo ha visto tantos programas, y tras los programas, tantos fracasos y tantas mentiras!

Yo quisiera, por eso, a través de esta campaña –que se podría llamar la campaña de la anti-promesa– yo quisiera decir que aquí más que un hombre, más que un programa, hay un cuadro

de ideas, hay principios capaces de unirnos y de guiarnos por un camino hacia el porvenir.

Pero, señoras, señores y amigos, ¿cuáles son las tareas que Chile debería emprender en su inmediato porvenir? Estoy seguro que si nosotros las enumeramos todo el mundo dirá: ¡Pero si esto lo sabíamos! ¡Si son cosas simples y fáciles de saber! Y más de alguno que estará con el oído alerta para criticar estas palabras dirá mañana: –No contenía novedad alguna. Es que, mis amigos, las cosas esenciales y simples que hay que hacer en Chile son ya por todos conocidas.

Lo primero –diría yo– es que este país tiene que producir los alimentos que el pueblo necesita. Hay que emprender la que se ha llamado "la lucha contra el hombre". No es posible que este país, con siete millones de habitantes y una inmensa superficie, como señalaba Radomiro Tomic, no sea capaz de alimentar a su pueblo. No es posible que países que caben dos veces en la provincia de Santiago o que naciones que tienen cincuenta millones de hombres sobre la mitad de nuestra superficie, puedan darle a su pueblo mantequilla, leche y pan y que nosotros tengamos que salir a gastar miles de millones de pesos, enriqueciendo a trabajadores de otras tierras, a agricultores de otros pueblos, para comprar el pan que nuestra tierra, hasta ahora, ha sido incapaz de proporcionarnos.

Una política agraria se impone, pues, como la primera necesidad. Sería difícil para mí entrar esta mañana en detalles técnicos; sólo diría, substancialmente, que en nuestra tierra hay algo muy inmediato que hacer; al agricultor que produzca, que abone su tierra y mejore a su gente, que sea capaz de sacar de la tierra el alimento que ella puede dar, ¡todo el estímulo de los precios y las ventajas tributarias! Y el que deje sus tierras muertas, cubiertas de maleza, sin trabajarlas, aprovechando la plusvalía, desprestigiando incluso el derecho de propiedad, ¡que caiga bajo el peso de la ley!

Este país necesita, junto con una vigorosa agricultura, un desarrollo industrial que aproveche sus energías y sus recursos, que acoja los brazos sobrantes a medida que se perfeccionan las técnicas agrícolas y que, a través del desarrollo económico, dé ocupación estable. No es posible tampoco que en este país el Estado sea el gran empleador de cesantes acumulados y que a él se acojan millares de chilenos presionados por la falta de creci-

miento industrial que cierra las perspectivas al trabajador, al técnico y a la juventud.

Se requiere, en tercer término, que el Estado asuma su papel de planificador, de orientador, de director, su papel de ejecutor de las grandes obras básicas. Porque mientras no tengamos caminos, no habrá producción agraria, no habrá niños que puedan ir a las escuelas ni cultura en los campos; mientras no tengamos grandes embalses no se podrá recuperar grandes extensiones de tierra cultivable, mientras no se construyan ferrocarriles y puertos modernos y eficientes y no tengamos energía eléctrica abundante, no podremos producir en condiciones razonables. El Estado tendrá que construir las grandes obras públicas, básicas, sin las cuales no podría expandirse la iniciativa privada ni la empresa privada, ni habrá desarrollo económico.

Esas condiciones de desarrollo se pueden crear sin necesidad de plantear cuestiones teóricas. En nuestro país hay una inmensa tarea por realizar, en la que todos tienen su oportunidad. Así como el Estado tiene su campo propio, la empresa privada también lo tiene, y dentro de él, los hombres de iniciativa, capaces de explotar los recursos del país, de abrir nuevos cauces de producción y de crear miles de ocupaciones. Si ellos cumplen deben tener la protección y el estímulo de un Estado que sepa dirigir.

Por último, es fundamental que mantengamos un alto nivel de educación universitaria, porque es a través de su cabeza que el país podrá ponerse en contacto con el mundo de la investigación científica. Ella está revolucionando los procedimientos de producción y de trabajo en el mundo entero y determinando así la ocupación de los trabajadores y el bienestar de las grandes masas humanas. Si el país no tiene una educación universitaria a la altura requerida, perderá el contacto con lo que está ocurriendo en la vanguardia de los conocimientos humanos, y la ignorancia de esos procesos se traducirá inevitablemente en atraso, en pobreza y, más aún que pobreza, en miseria y decadencia. Pero no basta definir las líneas de una acción, porque los planes no son robots mecánicos. No basta que lleguen consejeros de dentro o de fuera y den una receta, porque los pueblos se mueven con ideas vivas que cada día hay que poner a prueba a través de hombre vivos que las sepan manejar. Ahora mismo, ¿no está el país de acuerdo en que es conveniente detener el proceso

inflacionista que destruye y corroe las entrañas de la economía nacional? Todos tienen planes, pero el gran problema práctico que hoy tiene la nación es el de quién los maneja, quién los lleva adelante. Porque, señores, en estas "políticas" es necesario saber cuáles son los sacrificios necesarios y cuáles los inútiles; cuáles son los sacrificios previstos y cuáles son los inesperados y cuáles aquellos que provienen de la incapacidad de los gobernantes que no saben concebir ni aplicar los planes. Más aún, señores; es increíble que en este país donde todo está por hacer, donde faltan quinientas mil casas, en el que niños y adultos carecen de alimentación, donde falta vestuario digno para miles de hombres, en este momento, por detener faenas parasitarias se esté paralizando la construcción, arrojando a millares de hombres a la cesantía y, al mismo tiempo, destruyendo empresas que con su capacidad, su organización y su técnica estaban avanzando hacia la solución del problema.

En un país como Chile será siempre inconcebible que una lucha contra la inflación se convierta en una paralización del país, que más aún se transforme en la impulsora de la peor tragedia que puede caer sobre un pueblo: la cesantía. En un momento en que estamos vendiendo todo nuestro cobre y todo nuestro salitre comenzamos a ver por calles y plazas el cortejo doloroso y deprimente de los desocupados, como si el pueblo no tuviera derecho a exigirle al Estado que, por lo menos, le garantice el mínimo derecho de un hombre, que es poder trabajar y ganarse el sustento.

Pero una política como la que acabamos de delinear exige también algunas premisas esenciales. No hay gobierno, no hay planes, no hay posibilidad de crear, si primero no parte desde arriba el ejemplo moral, si el pueblo no ve en todo sacrificio que los que están primero son los que lo hacen primero.

En segundo lugar, no hay posibilidad de acción constructiva si no se cumple con otro requisito: la mínima estabilidad en la conducción del Estado, que implica estabilidad en la mente del que gobierna y estabilidad de los hombres en sus cargos. Si para construir una casa moderna, si para manejar el más insignificante de los negocios se requiere tiempo, se necesita idear, conocer, penetrar ¡cuánta más estabilidad se ha de precisar para dirigir un país con sus tareas complejas y sus múltiples problemas! Los ministros que pasan de seis meses en seis meses ni

siquiera alcanzan a conocer el personal de sus ministerios. ¿Será posible en estas condiciones dirigir el país? En las naciones que han realizado realmente una tarea constructiva, sea de la tendencia que fuere, siempre se ha mantenido la estabilidad de la dirección. En todo caso, siempre es preferible un plan regular o malo, aplicado con firmeza y que a algún resultado llegará, a las titubeantes intentonas de los que no saben con quién van ni adónde piensan llegar.

Pero, esta tarea no es sólo un problema de estabilidad en la mente del que gobierna, no es sólo un problema de firmeza moral, no es sólo un problema de estabilidad política en el gobierno y de estabilidad técnica en la conducción, no es sólo el problema de un hombre rodeado de equipos eficaces. Esa tarea, en nuestro mundo de hoy, tiene que ser una tarea del pueblo entero.

A lo largo de los cientos de reuniones que he tenido en esta campaña he dicho: Lo peor que puede ocurrir es que el pueblo delegue su responsabilidad en otros. La tarea de dirigir un país no es una empresa de técnicos ni de gerentes; es tarea del Estado y es tarea de compenetración del empresario, del técnico y, sobre todo, del pueblo. Porque si el pueblo no comprende esa tarea, si el pueblo no entiende que él tiene que salvarse a sí mismo, si piensa que cada proceso electoral es lanzar al viento las banderas del entusiasmo sopladas por promesas vacías, al día siguiente a la victoria siempre caerá en el desengaño. Yo les he dicho: la única forma en que este país puede luchar contra el hambre, produciendo alimentos; la sola manera de que este país tenga casas donde el hombre pueda vivir con dignidad es la de que todos emprendamos la tarea, que todos nos responsabilicemos de ella, con la convicción de realizar un esfuerzo nacional, popular, duro, que requiere tiempo y continuidad. A este país no lo salvarán los magos que vienen a sacar casas de los sombreros o de los decretos, sino que nacerán las casas cuando haya una conducción técnica responsable y el pueblo coloque los ladrillos uno a uno, levantando con su esfuerzo los muros de su propia morada.

Yo tengo una inmensa fe en que el pueblo va a entender el sentido y la grandeza de esa tarea. He recorrido las más modestas poblaciones, donde la gente carece no ya de casas sino de agua para beber y no recibe del Estado ni la mínima protección policial. Están agrupados al margen de las ventajas que significa

el pertenecer a un país civilizado. ¡Sin embargo, hay en ellos un inmenso espíritu de sacrificio, he visto en ellos el deseo de progresar, he visto cómo, en cada población, sus habitantes han asignado a los más responsables para que los dirijan y los organicen; he visto de qué manera, mediante cooperativas que casi nadie les ha enseñado a establecer y que ellos más bien han presentido, están ahorrando –óigase bien– a través de cincuenta y seis cooperativas de construcción, más de mil millones de pesos. He visto a cientos de hombres, a miles de hombres, a miles de hombres acompañados por su mujeres y sus niños, levantando sus pequeñas casas con el trabajo adicional de los sábados y los domingos. Y viendo esto me he preguntado: –¿Por qué, en vez de venir aquí a soplar ilusiones falsas, no aprovechar toda esa buena voluntad, todo ese ímpetu generoso, todo ese deseo de comprender y de dar? ¿Por qué no partir con un plan organizado, metódico, científico, mediante el cual no se den maravillas de un día para otro pero que sirva para abrir realmente el porvenir de Chile, para hacer justicia a esa gente, que harto la necesita, y para asentar una democracia real en vez de la democracia sobresaltada de un país en que casi tres millones de personas están viviendo no en la pobreza sino en la miseria?

Señores: hay gente que dice que nada se puede conseguir. Hay gentes que le critican a algunos trabajadores lo sucio que andan, y no se dan cuenta de que ellos –los que critican– pueden regar sus parques y jardines y que esos trabajadores tienen a un kilómetro de distancia el pilón adonde van a buscar un tarro de agua para hacer su comida. Hay gente que le piden a miles de hombres y mujeres que tengan los modales pulcros y refinados de cortesanos del tiempo de Luis XV y les dan poblaciones sumidas en el polvo, sin casas, ni agua, sin luz y sin aceras. ¡Pero les piden que anden poco menos que con guantes impecables y hablen con distinción!

Por eso, al plantear ese esfuerzo me parece que la primera finalidad de este país debe ser elevar la condición básica de esos dos millones y medio a tres millones de personas que necesitan, por lo menos, pasar del nivel de la miseria al nivel de la pobreza. Pero para eso se requiere un esfuerzo, porque nada se hará a través de milagros o por la acción de un mesías, sino mediante el esfuerzo organizado de todos.

Hay, por último, una idea con la que quisiera terminar.

Señores y amigos míos: en estos últimos años se está operando en la Tierra una enorme transformación. Inmensos pueblos continentes se organizan, con grandes mercados, industrias automáticas, aplicación de técnicas que multiplican la productividad del suelo de manera casi misteriosa. En las Universidades los sabios se investigan y en los contrafuertes de la ciencia van descubriendo tales posibilidades que van transformando todo el sistema de la producción económica y todo el sistema de la vida social. En estos tiempos el mundo asiste a una transformación más poderosa que la que significó a comienzo del siglo pasado el descubrimiento del vapor. Los pueblos que no se adecuen a esta nueva realidad, los pueblos que no sepan integrarse con otros, los pueblos que no tengan una visión general de estos problemas y los dirigentes que les sigan planteando los problemas en el mismo tono, con el mismo lenguaje, con los mismos esquemas mentales de hace treinta años, están, sencillamente, internándose por una situación sin salida.

Tan reaccionarios son los egoístas que creen que ellos solos pueden disfrutar de los beneficios de la riqueza, como los hombres de extrema izquierda que quieren mantener los mismos esquemas, palabras e imágenes de hace treinta años, que han quedado sobrepasados por realidades mucho más profundas y contundentes. Por eso, cuando estos hombres han llegado a la responsabilidad del poder, han tenido tremendas fallas porque todos sus planteamientos teóricos se encontraban absolutamente desbordados por las trasnformaciones que se están operando en las entrañas de la sociedad contemporánea. Y porque sus envejecidos esquemas mentales no funcionan ante las responsabilidades concretas del poder.

De tal manera – lo repito– esta campaña sobrepasa desde su comienzo todo su contorno personal. Es una campaña cuyo objetivo es plantear ideas, abrir horizontes, crear cauces nuevos. No tenemos la pretensión de hacer un Chile nuevo, como dijeron otros que lo harían. Tenemos una pretensión mucho más modesta. En esta elección no compraremos al pueblo ni con el dinero que lo corrompe ni con la promesa que lo destruye y debilita. Nosotros estamos dispuestos a plantear esta elección sobre la base de decir con valor lo que estimamos nuestra verdad y tenemos el convencimiento más profundo de que quienquiera que fuere el que mañana la interpretara más allá de mi persona,

no habrá para este país otra salida que la que señalan las ideas que acabamos de exponer. Ellas dignifican el ambiente nacional, plantean una posibilidad moral de destruir la dinámica de la desintegración que está viviendo el país y de crear la dinámica constructiva de las creaciones reales, que son las únicas que pueden dar bienestar concreto al pueblo. Porque la elevación del standard de vida de la gente no reside en las palabras, ni en los decretos, ni en las leyes, ni en hablar de la democracia –que es un supuesto siempre necesario– sino en la medida en que los campos rindan, que las casas se levanten, que la gente ande bien vestida y pueda mandar a sus hijos a las escuelas.

Aquí, con todas las naciones de la Tierra, esta tarea requerirá un plan y tiempo para realizarlo. Si el total cumplimiento no lo vemos en esta generación, por lo menos podremos decir con entera confianza: Hemos dejado para nuestras mujeres y nuestros hijos una casa digna, en la que pueden vivir con libertad y también con seguridad.

Al finalizar mis palabras quiero dar las gracias a la mujer chilena. Ella está presente en este teatro, ha estado presente en nuestra campaña con la fuerza de renovación moral que ella puede aportar, con la generosidad y el espíritu de sacrificio de quien comienza a actuar en lides públicas. Y esperamos de su apoyo, de su generosidad, de su nobleza, más que de ninguna otra fuerza, quizás, para llegar al triunfo.

Gracias también a los que han constribuido económicamente a esta campaña para que pueda hacerse con eficacia, con dignidad y lo que es más importante, amigos míos, con absoluta independencia.

Por último, yo quisiera decir, aquí en este teatro, en presencia del pueblo de Chile, que le pido a Dios, desde el fondo de mi alma y con humildad en el corazón, que me permita ser digno de esta mañana que quedará grabada, más que en mi recuerdo, en mi corazón. Y si en el futuro me correspondieren tareas de responsabilidad, quisiera poder llegar a mi hogar y decir que he estado siempre firme para defender al pueblo, para trabajar por la justicia y para sostener la libertad.

Muchas gracias.